

edificios y museos. Recordaré sí que en Europa tuve la dicha de conocer a don Manuel María de Peralta, quien me distinguió mucho y recorrió conmigo varias veces los bulevares de París, ambos del brazo, haciéndome recitar versos de mi cosecha.

Casé en noviembre de 1889, a los 28 años, con Chepita Yglesias Centeno, excelente esposa con quien he sido muy feliz y que me ha dado cinco hijos varones: José Joaquín, Carlos, Roberto, Miguel Angel y Fernando. Los tres primeros se han casado y de esos matrimonios tengo once encantadores nietecitos.

Viene aquí el recuerdo más doloroso de mi vida: la noche del 4 al 5 de agosto de 1922 fue un verdadero espanto para nosotros: mi inolvidable Miguel Angel que acababa de cumplir 22 años, bueno, hermoso y fuerte, uno de mis orgullos de padre, falleció trágicamente en tres o cuatro horas. Este golpe fue tan horrible que cambió súbita y definitivamente el suave aspecto de mi vida, perdiendo así casi todas mis costumbres y aficiones. No sé cómo pude sufrir tan espantosa sorpresa. ¡Que Dios tome en cuenta nuestro inmenso pesar!

Repetiré algo ya publicado por el Poeta Sotela: Nunca he sido ambicioso, ni de gloria, ni de riquezas, lo que puede ser un defecto grave. Me disgusta la vida social (no he asistido jamás a un baile o a un banquete) y sus mentiras, sobre todo las diplomáticas.

De hombre mi felicidad ha consistido en lograr la de mis hijos y disfrutar de los encantos de mis nietecitos y de mi pequeño Benjamín.

Fue mi primer destino el de maestro de escuela en San Pedro del Mojón; fui después auxiliar en la Escuela graduada de Varones de esta capital, profesor en el "Co-